

PLUMA Y LÁPIZ



NÚM. 83



UNA VÍCTIMA MAS DE LA MODA

EL imperio de la moda se extiende á todas las órdenes de la vida y es más absoluto que Felipe II. Al frac, por ejemplo, — como acaba de escribir don Miguel Moya — «se debe una igualdad que no han logrado todas las revoluciones». ¡No sería floja, si les prohibiesen vestirse según el último figurín, la que armarían las señoras mujeres! Y por lo que hace á los gomosos no se quedan atrás en este punto. Se ponen de moda, tanto ó más que los trapos, las palabras, los deportes, los procedimientos artísticos, los animales, las medicinas, las extravagancias, las cómicas y los políticos... ¿Qué más? ¡¡hasta los santos de la Corte Celestial!! En Madrid es muy solicitado y adquiere cada día más popularidad, *San Expedito* á quien yo no había oído mentar, hasta ahora, en cuarenta y cuatro años que llevo de vida, y cuyo nombre tampoco encuentro en el *Índice alfabético de Santos con expresión del día de la festividad*, que trae el ALMANAQUE Y GUÍA MATRITENSE PARA 1900.

¿Quién ignora que hay en España famosísimos santuarios en los que se venera á la Virgen María bajo advocaciones tan gloriosas y tan simpáticas como las de *Covadonga*, *El Pilar* y *Consolación*?

Pues con ser así, muchísimos devotos, de ambos sexos, cultos los más, que nunca estuvieron en Asturias, ni en Zaragoza, ni en Barcelona, ni muchos menos en Utrera; ahorran dinero y se despepitan por visitar á Nuestra Señora de Lourdes en su gruta.

* * *

Renegando de la medicina, me eché en buen hora en brazos de la fe, y harto de brevajes y de aguas termales, no quise ser menos que mis compatriotas, de la clase que acabo de criticar, y di con mis huesos doloridos al pie de la tan visitada gruta francesa.

Antes de salir de Madrid trabé conocimiento en el *Hotel de las Cuatro Naciones*, donde nos albergábamos, con el matrimonio más original de cuantos he tratado.

Don Alejo y doña Blasa, naturales y vecinos de Turegano, villa de la provincia de Segovia, no se parecían en nada física ni moralmente.

El tenía hechuras y contornos de tibur japonés con tapadera.

Ella, tantos medros como el carrizo de una zambomba.

Era don Alejo genuína representación del reposo y del orden.

Parecía doña Blasa, por lo inquieta, yegua de pura sangre, acosada por las moscas veraniegas.

Ambos, marido y mujer, más buenos que el pan, no de Viena, sino *completo*, como quiere el señor Rodríguez Mourelo que se fabrique, nunca comenzaban plática estando de acuerdo y jamás la terminaron sin entenderse. La esposa llevaba en todo la iniciativa: era el vapor. El marido la máquina dispuesta siempre á funcionar una vez recibido el primer impulso. Pero don Alejo, provisto de regulador, corregía y encauzaba á menudo los violentos impulsos de su consorte.

Saludables, ricos y siempre joviales, disfrutaban de la vida, considerándose casi felices.

Tenían dos hijas; la mayor, casada hacía años con un labrador acomodado, también natural y vecino de Turegano. La menor, soltera, bastante bonita y tontiloca. Llamábase Josefa la casada y respondía la soltera al nombre de Lita, contracción del diminutivo de Fuencisla, Fuencislita, muy difícil de pronunciar.

La falta de seso de la muchacha y el no tener sucesión la casada, constituían las únicas penas de don Alejo y doña Blasa.

Aquél daba mucha más importancia á las *chifladuras* de Lita, que á la esterilidad de Josefa. Doña Blasa, por el contrario, se conformaba más con aquéllas que con no conseguir ser abuela.

Y para lograrlo hizo una promesa y á cumplirla fué con Lita á Lourdes el matrimonio.

Lo que yo disfruté durante el viaje de ida, en quince días que luego pasamos en París y de vuelta á los Madrides, no es para dicho.

Al sainete que á diario representaba el matrimonio, con sus discusiones, había que sumar las ocurrencias de niño bitongo de la pobre Lita que solía disparar una declaración amorosa al primer jovenzuelo que se le ponía á tiro.

No hay para qué decir que tuve un verdadero sentimiento al despedirme, tal vez para siempre, de tan excelente familia.

* * *

Pasaron seis años sin que yo tuviese la menor noticia del matrimonio, cuando una noche leyendo en *La Correspondencia de España* una lista de Alcaldes nombrados de real orden me encontré con el de don Alejo y tres días después con el matrimonio y con Lita enfrente del Ministerio de la Gobernación.

¡Qué cambio tan radical se había operado en aquella buena gente!

Don Alejo estaba muy flaco; doña Blasa bastante gruesa. Coincidían ahora tan sólo en tener ambos el aspecto muy triste.

Me pareció, al verlos venir, que esquivaban mi saludo. Pero Lita corrió á mi encuentro y sus padres apretaron el paso siguiéndola.

—Vaya... vaya... el bueno de don Cipriano... y ¿qué tal el reuma?

—Amiga mía, se quedó en Lourdes.

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro!

—¿Y ustedes, consiguieron ser abuelos?

No acabé de formular la pregunta, cuando don Alejo se puso delante de Lita, tapándole la boca con una mano, y doña Blasa comenzó á toser desafortadamente. Pero la tontiloca, zafándose de su padre, alzó la voz por encima de las toses de doña Blasa, exclamando en el tono más regocijado:

—¡Vaya si lo consiguieron! Sólo que mamá, como es tan súpita, al hacer la promesa debió trocar nuestros nombres y en vez de mi hermana, la casada, he sido yo la que los hizo abuelitos.



EL CONDE DE LAS NAVAS

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



CARNE DE CAÑÓN

RELATO VERÍDICO

ERAN las siete de la mañana del día 24 de Junio de 1899.

El sol de Madrid, ese sol espléndido que nada tiene que envidiar al de Andalucía, iluminaba con sus ardientes rayos el rostro encantador de las madrileñas, de esas mujeres privilegiadas en que se reúnen para orgullo de propios y envidia de extraños, la seriedad de la castellana, la alegría de las hijas de Valencia y la gracia de las malagueñas.

En la calle de la Esgrima, que es un pequeño mercado, reinaba en esa hora una animación extraordinaria.

Los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía con los dichos más agudos y las más pomposas exageraciones; unos, llamaban *rosas* á los tomates, y otros *bribonas* á las brevas; éste ofrecía relojes de oro, por cinco céntimos, y aquél *niños recién nacidos por un perro grande*.

A la puerta de la buñolería del número 4, algunos mozos que habían pasado la noche de verbena, remojaban *bolas y churros* con sendas copas de aguardiente, que galantemente ofrecían á las chulas que pasaban para ir á la compra, ó para dirigirse al taller.

Los vendedores de periódicos, los pregonaban á gritos con las últimas noticias de la guerra de Cuba y del *primo Ma-kin-lei*.

Un piano de manubrio hacía oír las bulliciosas notas de una polka, que algunas parejas bailaban en medio de la calle, con esa libertad que ha hecho de España el pueblo más demócrata de Europa.

Todo era animación y vida.

De pronto, aparecieron por la calle de la Espada que viene á desembocar en la de la Esgrima, tres repatriados de Cuba.

Los tres eran jóvenes y de aspecto marcial.

El del centro, que llevaba una ancha venda negra sobre los ojos, parecía guiar á los otros, sin embargo, de venir apoyado en sus brazos.

—¡Por aquí!... ¡De frente!... ¡Esa es la calle del Amparo!...

Decía á gritos, como si con ellos quisiera hacer comprender á sus camaradas en qué lugar se hallaban y por dónde debían conducirle.

A los gritos del repatriado las gentes comenzaron á pararse y á fijar en él la atención.

—Está ciego,—decían los hombres.

—¡Pobrecito!—exclamaban las mujeres.

La música cesó, y las alegrías concluyeron.

—¡Madre, madre!—exclamó de pronto el de la venda.

—No te exaltes,—le decía uno de sus amigos, procurando calmarle.

—¡Por Dios, Juan!... Ya sabes que el médico ha encargado que tengas tranquilidad.

—Sí, sí, la tendré...—y seguía gritando:— ¡madre! ¡madre!

Así llegaron á la calle del Amparo.

Las gentes que les seguían empezaron á comprender.

Sin duda se trataba de algún soldado que llegaba de Cuba, inválido, y que habitaba en aquella calle.

La curiosidad se trocó bien pronto en interés.

Algunas gentes se asomaron á los balcones.

De nuevo el militar de la venda, como si no pudiera resistir al deseo de estrecharla en sus brazos, después de tantos sufrimientos, de la vergüenza, de la derrota, de los largos días del hospital, gritó con voz desgarradora:

—¡¡Madre!! ¡¡Madre!!

Cual si los gritos del joven soldado hubiesen tenido la virtud de traspasar tabiques y muros, del interior de una mísera casa de la calle del Amparo salió precipitadamente una pobre mujer, una triste lavandera que aguardaba impaciente la vuelta de su hijo mayor, para que substituyese á su hermano menor, muerto hacía pocos meses de una tisis aguda.

Cuanto más quería correr menos andaba.
 ¡Infeliz, demasiado pronto llegará para conocer la
 nueva desdicha que la agobia!
 El joven repatriado no la vió con los ojos de la
 cara, pero sí con los del corazón.
 El encuentro fué uno de esos encuentros terribles
 que dejan profunda huella en el alma.
 —¡Madre de mi vida... Estoy ciego!
 —¡Hijo de mi corazón!
 Tales palabras lo resumían todo.
 Abrazados los dos, la infeliz madre besaba, con
 los más tiernos besos, la frente de su hijo y aquella
 venda, negra como su desdicha, que cubría aquellos
 ojos en otro tiempo tan llenos de luz y de vida.
 Muchos circunstantes lloraban, así mujeres, como
 hombres.

¡Todavía hay corazones capaces de sentir en esta
 noble tierra de España!
 Los compañeros del repatriado, que desde Cádiz
 venían guiándole, procuraban, en vano, calmar el
 dolor de la madre y la pena del hijo.

Bien pronto se oyeron entre los circunstantes, pro-
 testas, juramentos, y maldiciones contra aquella
 guerra que en la manigua cubana destruyó la flor de
 la juventud española.

Algunos vecinos de la anciana, que la habían se-
 guido, trataron de volverla á su casa, en unión de su
 hijo y de sus amigos.

Al saber lo que ocurría, algunos de los presentes
 iniciaron una cuestación: los dueños de las tiendas,
 los vecinos, los vendedores, los transeúntes, todos,
 á porfía, éntregaban para la pobre anciana y su des-
 graciado hijo cuanto habían ganado aquella mañana,
 cuanto llevaban en el bolsillo, ó cuanto pensaban
 gastar en aquel alegre día de San Juan.

Y aconteció... lo que acontece siempre á los he-
 roicos hijos de esta famosa tierra donde, según los
 historiadores, no se ponía el sol en otros tiempos,
 y donde hoy apenas si tiene algo que alumbrar el
 padre del día.

El soldado ciego, después de haber dado su sangre
 por la patria y de haber quedado inútil, recibió por
 sus alcances un puñado de pesetas, pocas para vivir,
 pero bastantes para comprar una buena cuerda y
 ahorcarse de ella.

Había recibido una bala *yanki*, una bala traidora,
 luchando cerca del valeroso general Vara de Rey, y
 aún ciego por la sangre que de ella vertía, había con-
 tinuado disparando contra los enemigos de España.

Conducido al hospital, supo, al par que la derrota
 de nuestras armas, la pérdida de su vista.

No le quedaba otro recurso, inútil para toda clase
 de trabajos; que el de mendigar.

Su patria le desamparaba, y su anciana madre no
 podía socorrerle.

Como buen hijo de Madrid y de España, sabía to-
 car la guitarra. En otros tiempos la había hecho can-
 tar y reír. De hoy en adelante la haría sentir y llorar.
 Su vistoso lazo de seda encarnada lo cambiaría por
 un negro crispón, emblema del luto de la patria, y
 de la muerte de su juventud.

Y aquellas dos debilidades, la madre y el hijo,
 inútiles para el trabajo, la una por su ancianidad y
 el otro por su ceguera, salieron á las calles prestán-
 dose mutuo apoyo á mendigar el pan de cada día,
 llevando el soldado sobre la vieja guerrera de raya-
 dillo una cruz con que la patria premió su heroísmo;
 nuevo *inri*, como aquel que los judíos colocaron so-
 bre la frente de Jesús.

La madre, sin perder del todo la esperanza, pre-
 guntó á un curandero si su hijo llegaría de nuevo á
 ver. El curandero, que tenía sus puntas de filósofo,
 y sus ribetes de político, le aseguró que Juan reco-



braría la vista... el día mismo en que España reco-
 brase su gloria.

La madre lloró de alegría pensando, como hija
 legítima de los héroes del 2 de Mayo, que eso no po-
 dría tardar en acontecer; pero Juan, menos confiado,
 siguió cantando por las calles con tierno y sentido
 acento:

La vida de *Juan soldado*
 es muy fácil de contar;
 dar la vida por la patria,
 luego, inútil, mendigar.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

PÉRDIDA IRREPARABLE

Se ha perdido ayer, solita,
 una niña de diez y ocho,
 y un milagro á santa Rita
 ofrece su padre chocho;
 porque á comprender no llega
 que quien tal alhaja se halla
 sería tonto ó canalla...
 (si la entrega).

Lima.

RICARDO PALMA



ENTREGA DEL TROFEO DE LA BATALLA DEL SALADO AL PAPA BENEDICTO XII EN AVIÑON.
(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887). Fot. de J. Laurent y C.^a—(Madrid).

¡MALDITO PROGRESO!

Era Villafeliz un pueblecillo como ninguno alegre y pintoresco, enclavado en la cima de una roca pelada y carcomida por el tiempo. La vista alcanza á ver desde la altura de una sierra los picos cenicientos y de otro lado la feraz llanura que se une al fin con el azul del cielo. Al pie de la montaña, cual alfombra de bordados dibujos arabescos se ve el valle que plácido se extiende poblado de olivares y viñedos. Todo allí es bienestar, todo poesía, todo está allí tranquilo y en silencio, sólo se escucha el murmurar del río que por su cauce se desliza lento.

Augusta paz en el poblado reina, jamás ciega ambición entró en el pueblo, y al són de la herramienta del trabajo canta feliz el afanoso obrero. De este modo han logrado ser dichosos. Sus productos los cambian entre ellos y jamás hay disputas ni pependencias porque no hay ambición ni más deseo que el bien común y el bien de la familia, y así pasan la vida tan contentos pagando á todo el mundo puntualmente y pagando al Estado los impuestos, por lo cual no se ha dado el caso nunca de ser amenazados con apremios.

Era el alcalde un hombre muy honrado al cual todos miraban con respeto. Un, día el buen señor, que deseaba dar más valor y vida á aquel terreno, que por su rara situación se hallaba de la provincia aislado por completo, pensó en poner los medios necesarios

y pedir que cuanto antes el gobierno les permitiera construir un puente y un pequeño ramal que recorriendo la parte superior de la montaña á la vía del tren se uniera luego. —Hora es ya,—se decía—que esto cambie. Venga el ferrocarril, que es el progreso, y así Villafeliz será muy pronto la ciudad que yo busco en mis ensueños.

Todo se ha transformado; ya no reina la augusta paz que disfrutaba el pueblo, ya no suena el crujir de la herramienta y ya no canta el afanoso obrero. Ya los mozos no gustan del trabajo, sólo piensan en *juergas* y jaleos y hay riñas y disputas á millares por cuestión de mujeres ó de juego. Ellas, las mozas, sueñan con vestidos, con blondas, con encajes, con sombreros, y ya nadie es feliz. ¡El tren maldito lo ha cambiado todo por completo!

Ya no se ve la vega pintoresca, ya no reina aquel plácido silencio, ya desapareció la verde alfombra de bordados dibujos arabescos. Las altas chimeneas de las fábricas lanzan grandes columnas de humo denso y los montones de hulla han reemplazado á los verdes olivos y viñedos. Sólo se ven los picos de la sierra y como fondo el horizonte inmenso. Y cuando por la noche oye el alcalde el silbido del tren, llora en silencio, diciendo entre sollozos: «¡Yo lo quise! ¡maldito sea mil veces el progreso!»

EDUARDO MONTESINOS

EL AMULETO

Cuando estalló la guerra
cuyos bélicos ecos resonaron
desde el valle profundo á la alta sierra,
los buenos españoles se aprestaron
á pelear con ímpetu salvaje,
siguiendo las briosas tradiciones
donde su fama inmarcesible brilla,
vengando así el ultraje
inferido por bárbaras legiones
al glorioso estandarte de Castilla.

Cuando llegó el momento,
que era á la vez temido y deseado
de incorporarse Andrés al regimiento
á que fué por la suerte destinado,
el cura del lugar, un religioso
digno, por su bondad, de estar sentado
á la diestra del Todopoderoso,
llamó á Andrés á su lado,
y después de exhortarle á que cumpliera
como la Patria manda,
defendiendo con brío su bandera
que tremola en los aires victoriosa,
hasta perder la vida en la demanda;
anegados los ojos por el llanto
le entregó una medalla milagrosa
de yo no sé qué Virgen ó qué Santo.
«Consérvala,—le dijo.—Esta medalla,
de cuya santa protección no dudo,
te servirá de escudo
en el recio fragor de la batalla.
Corre, pues, á vencer al enemigo,

que á ello el deber te obliga,
¡y que el Dios de los cielos te bendiga
igual que yo en su nombre te bendigo!»

Al terminar la desastrosa guerra,
tras horrores sin cuento,
el valeroso Andrés tornó á su tierra
y loco de contento,
abrazó al venerable sacerdote,
ostentando en las mangas del capote
las soñadas insignias de sargento.
—¡Bien, Andresico, bien!—le dijo el cura.—
¡Al verte, de placer mi pecho estalla!
¡Ya sé que causó asombro tu bravura
peleando en el campo de batalla!
Sé todo cuanto has hecho
por mantener incólume el derecho
de la causa española,
y sé que ni una bala, ¡ni una sola!
logró tocar tu valeroso pecho.
Pues bien; tanta fortuna, tanto brío,
solamente los debes, hijo mío,
á la virtud de la medalla aquélla.
¿La guardas aún?

—Ya no.

—¿Qué hiciste de ella?

—Se la di á un camarada
con el cual me ligaba estrecho lazo...
¡El pobre cayó muerto de un balazo
apenas dió principio la jornada!...

MANUEL SORIANO

ULPIANO CHECA

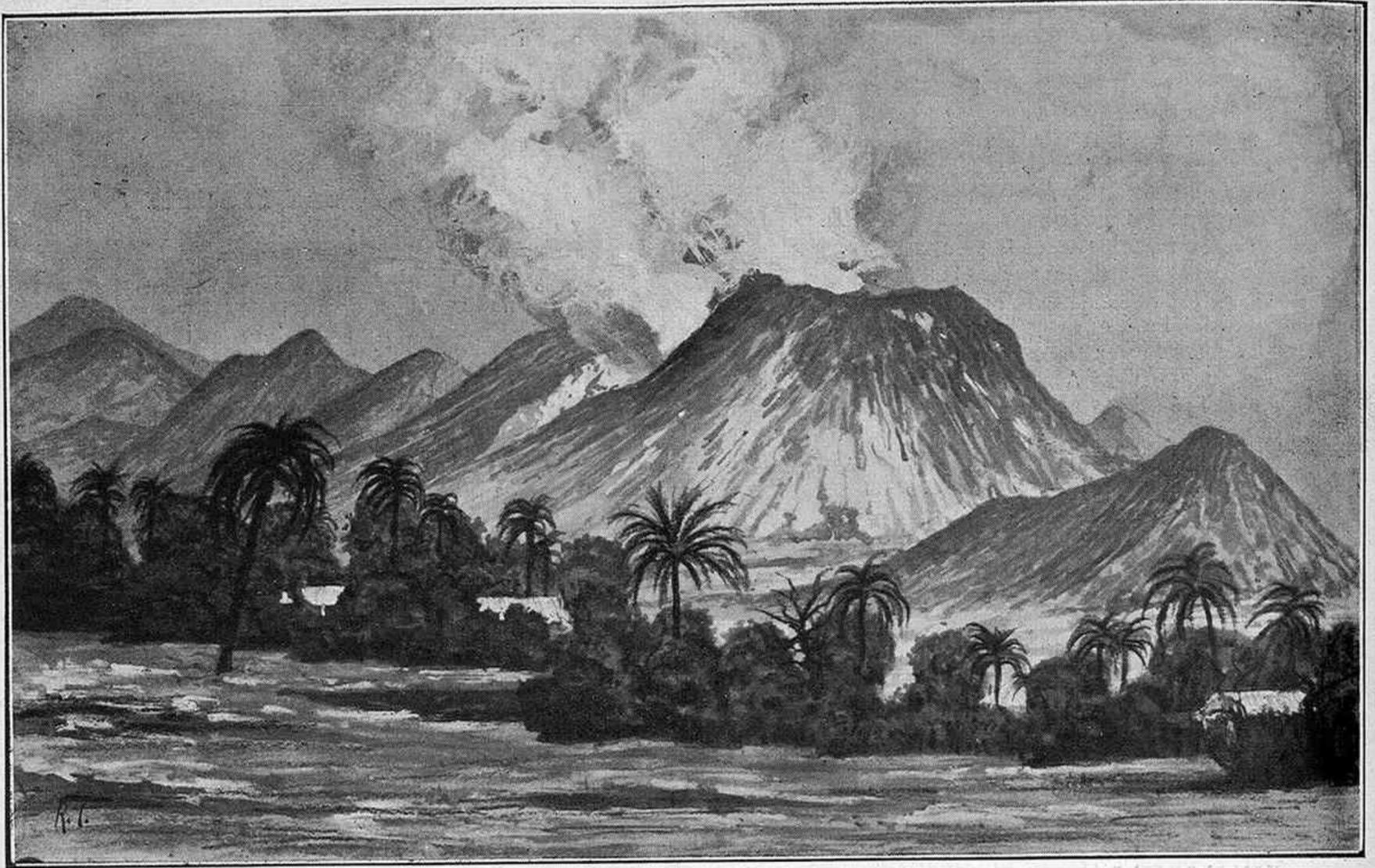


LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS.

(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887).

Fot. de J. Laurent y C.^a—(Madrid).

LOS VOLCANES - LA MARTINICA



EL VOLCÁN DE LA MONTAÑA PELADA (En la última erupción de 1501).

LA horrible catástrofe ocurrida recientemente en la hermosa Antilla francesa, contrista el ánimo, sembrando el luto y la desolación, no sólo en la vecina República, sino en la humanidad entera. No repetiremos las causas ocasionales de tan tremendo fenómeno, ni siquiera los incidentes desgraciados que todos sentimos y deploramos en el fondo del alma. Tampoco precisa; después de las extensas relaciones publicadas por la prensa diaria. Escribimos estas líneas aprovechando la triste oportunidad del terrible suceso, con el objeto de decir algo sobre los volcanes, refrescando la memoria de unos y dándolos á conocer, sucintamente, á los que ignoran su

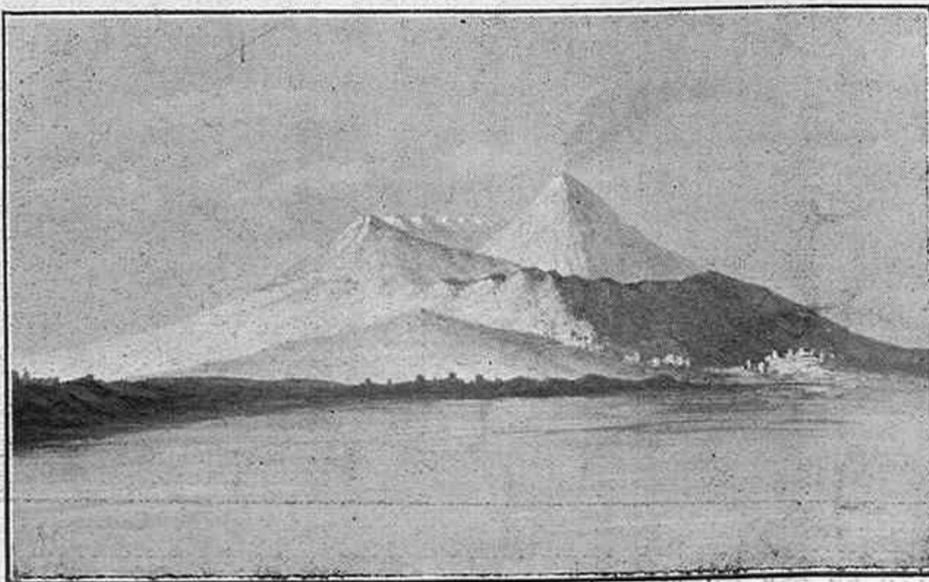
procedencia y consecuencias, casi siempre funestas para la humanidad.

Fácilmente pueden conocerse los montes volcánicos: su forma es siempre la de un cono truncado por la cima, en la que aparece una cavidad en forma de embudo, de la que salen constantemente vapores más ó menos abundantes. Puede compararse este *cráter* (nombre de la cavidad), á una gran vasija, dentro de la cual hay en ebullición materia pastosa, cubierta por una capa dura; sujeta á los efectos de la ebullición de aquella masa intensa, ora hinchándose, ora hundiéndose ó quebrándose.

Algunos volcanes no verifican sus erupciones solamente por el cráter, que aparece en la cima del cono, sino que, como ocurre en el de Stromboli, salen los vapores y hasta la lava, por la vertiente de la montaña volcánica.

Ahora bien, ¿á qué son debidos los volcanes? Si hemos de atenernos á lo que dice Humbolt, son el efecto de una comunicación precisamente entre los mares interiores del Globo en estado de fluidez ígnea, y la atmósfera que envuelve la corteza del planeta terrestre. Las lavas surgen de los volcanes á manera de surtidores inflamados é intermitentes de tierras en liquefacción; y se elevan ó caen á gran distancia (cuyas corrientes de lava abarcan la velocidad de ocho metros por segundo, aun que ordinariamente no pasan de uno á dos metros), sepultando los objetos que encuentran, ó corriendo cual torrente, devastando todo lo que encuentran al paso.

Lo mismo los terremotos, que las aguas termales, los hundimientos y levantamientos de ciertas partes del Globo, se encuentran en



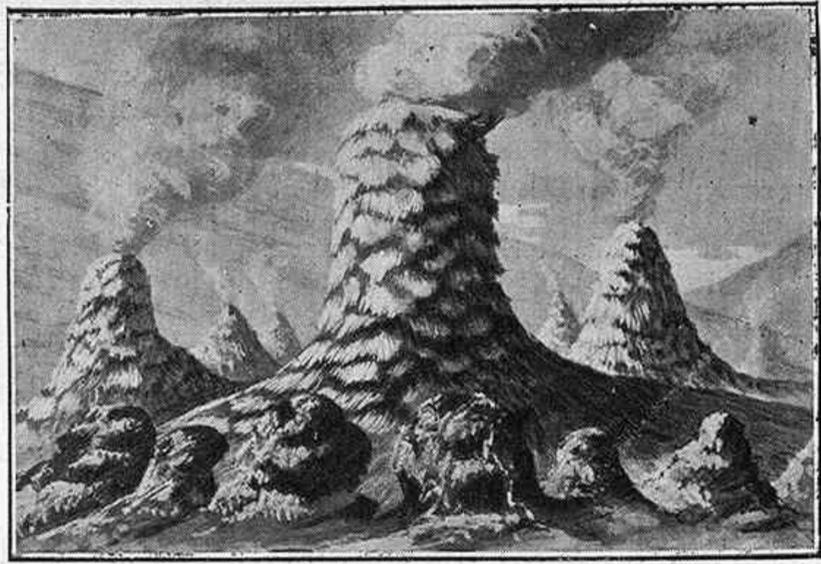
EL VESUBIO.

Íntima conexión con las erupciones volcánicas; todos están en relación con alguno de los puntos centrales que parecen servir de desahogo á la actividad interna del Globo, que son los volcanes.

Las erupciones, van casi siempre precedidas de terremotos, á los que acompañan ruidos subterráneos y otros fenómenos; como la sequedad de las fuentes, que brotan hasta una gran distancia del volcán, la grande inquietud que manifiestan los animales y también la agitación del mar.

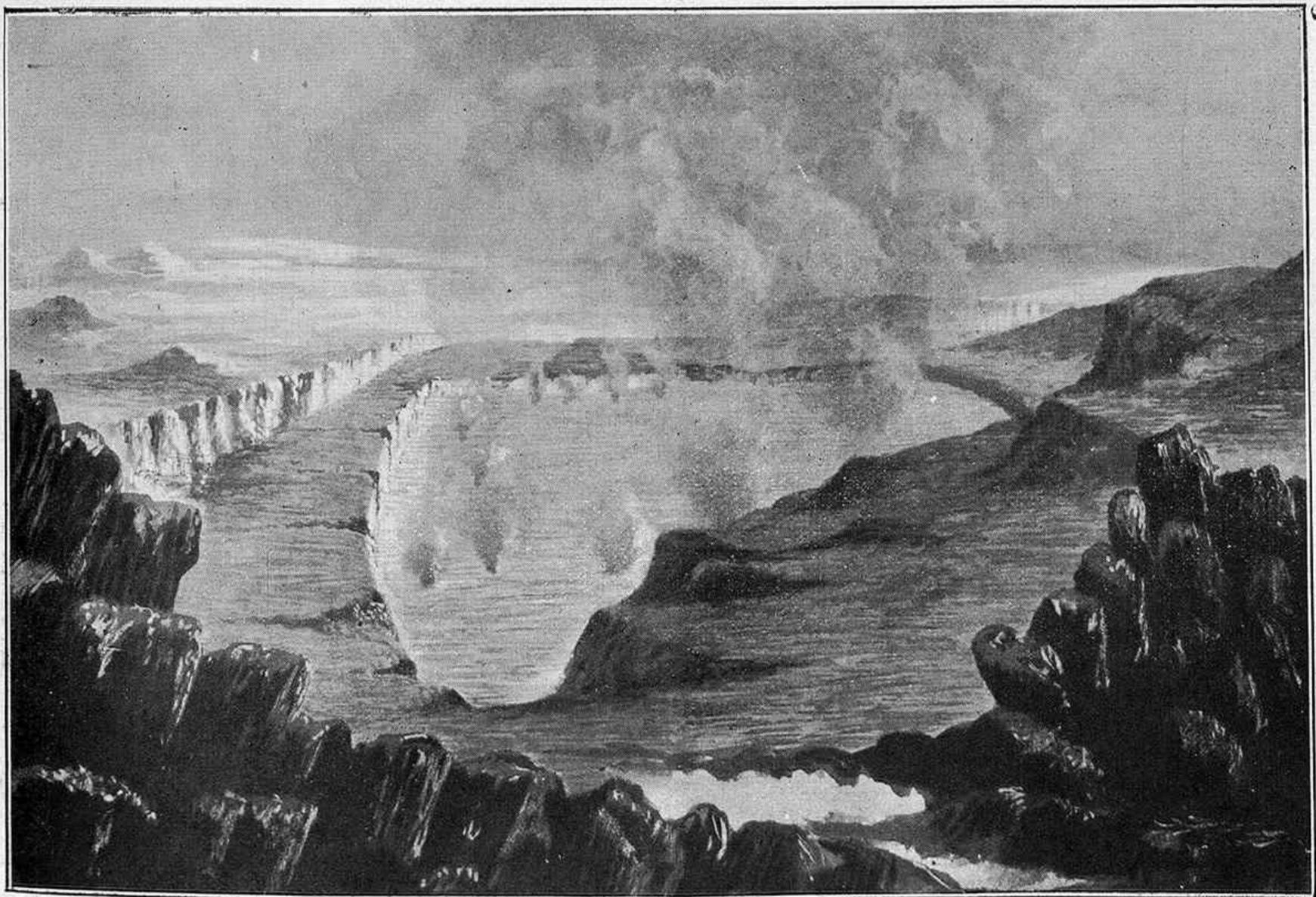
Hasta hoy, se conocen 28 volcanes en la Cordillera de los Andes; 17, en sus ramificaciones de Chile; 10, en las del Perú y de Bolivia; 17, en las de Quito; 1, en la California; 11, en las islas Atlánticas; 3, en la prolongación de dichas islas; 13, en la Cordillera de Kamtchatka; 24, en las islas Kuriles y Japón; 20, en las islas Filipinas, Molucas y Formosa; 1, en la extremidad interna de la Melanesia y Australasia; 15, en la Nueva Zelanda, Nuevas Hebridas y archipiélagos que se extienden hasta la Nueva Guinea; 48, desde las Molucas hasta el Golfo de Bengala; 1, en la costa de la Arabia; 10, en el interior del mar Pacífico; 5, en Méjico; 8, en las islas Marianas; 7, en la Islandia; 3, en la Calabria y Sicilia; 3, en las Canarias, Azores é islas de Cabo Verde; 5, en las islas Galápagos, Sandwich, Marquesas, de la Sociedad y Amigos y 1, en la isla de la Reunión, que forman un total de 251, debiendo agregarse á éstos, los del interior del Asia, registrados en los libros chinos, que ascienden á 254.

Ha ocurrido varias veces el raro fenómeno de surgir de entre las aguas una isla volcánica y desaparecer al poco tiempo de terminada la erupción, como aconteció en 1783, cerca de la costa de la Islandia; y en otras ocasiones, sin dejar rastro ni vestigio alguno, como acaeció en 1811, en el Atlántico, cerca de la isla de San Miguel.



PEQUEÑAS COLINAS DE IAVA EN EL VESUBIO.

Creemos oportuno manifestar, refiriéndonos á la catástrofe ocasionada por la erupción del volcán de Monte-Pelado, en la Martinica, que puede figurar entre las más célebres, por lo que tiene de desastrosa, como puede juzgarse por los siguientes datos; la erupción del Vesubio en el año 76, de nuestra Era, destruyó las ciudades de Hercularmo y Pompeya; la del Etna, cantada en «La Eneida», por Virgilio y la del mismo volcán en 1686, destruyó 14 ciudades; la de Cotopaxi, en 1741, arrasó más de 600 casas; la del Chimborazo, en la isla de Java, en 1815, causó incalculables daños é infinidad de víctimas; las varias del Krakartoa, especialmente la de 1680, se asegura fué la más espantosa que se había registrado hacía varios siglos; la del Stopkar-Yonall, en Islandia, y por último, la que motiva estas líneas que,



CRÁTER DEL KILANIA (Hawahi).

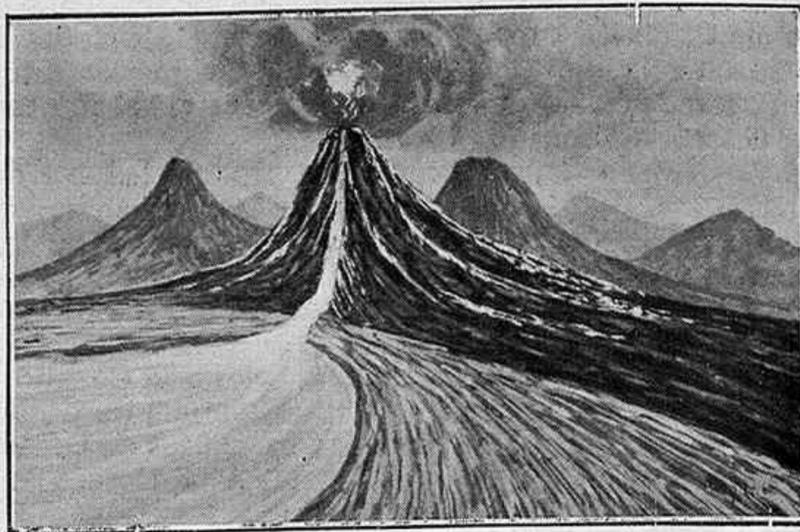
aparte las del Vesubio y el Etna, es la que ha causado mayor número de víctimas.

Antes de poner fin á estos ligeros apuntes, daremos una idea general de lo que es la isla, teatro del horrible y tantas veces repetido fenómeno.

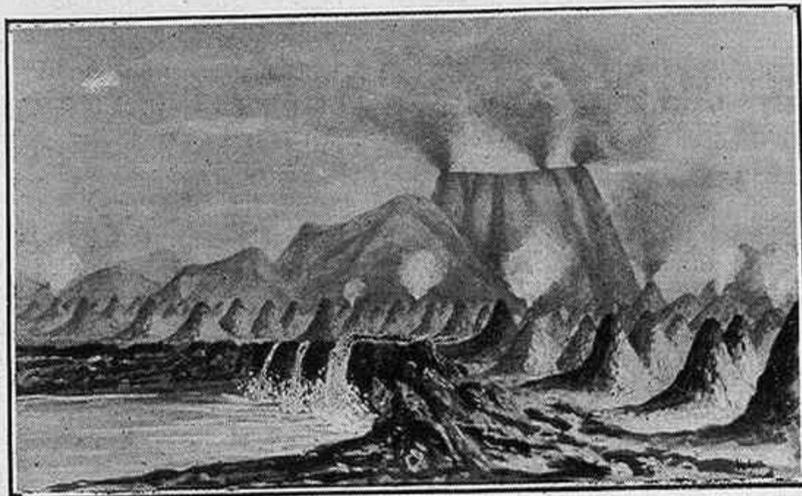
La isla Martinica fué descubierta por Colón, el día de San Martín del año 1493. En 1635, fué solemnizada por Denambue. En los años 1794 y 1802, apoderáronse de ella los ingleses, restituyéndosela en 1815.

Pertenece al grupo de las Antillas menores, en el Océano Atlántico; está situada á 110 kilómetros de Guadalupe y tiene una superficie de 987 kilómetros cuadrados, y unos 150,000 habitantes.

Disfrutando de un clima cálido y muy húmedo, está defendida por costas de acceso difícil, presentando profundas bahías y salientes promontorios, con montes selváticos. La constituyen dos macizas montañas unidas por un itsmo, y en élla se encuen-



CORRIENTE DE LAVA.



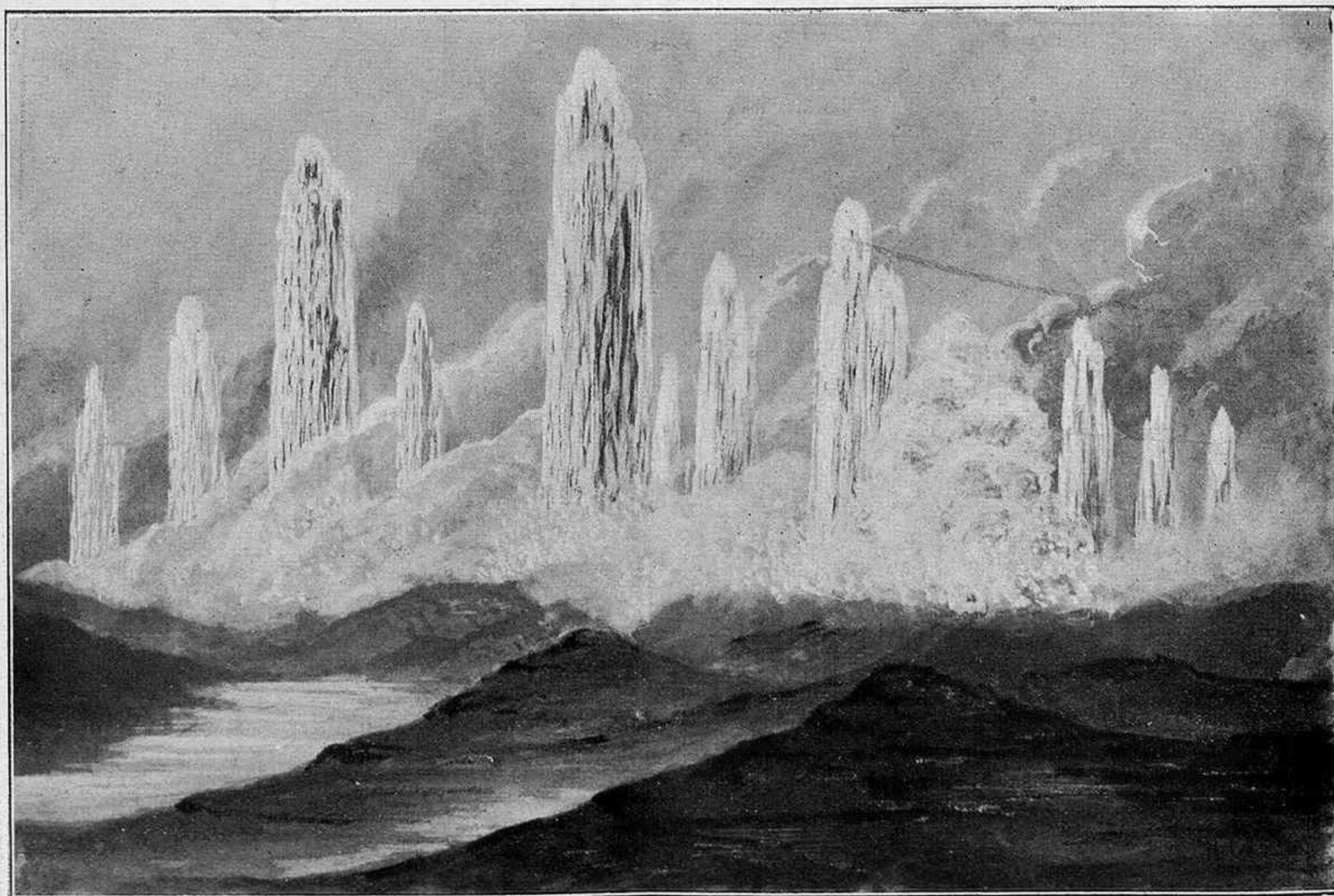
EL JORULLA (México).

tran seis antiguos volcanes, entre los que figura el de Monte-Pelado, con una elevación de 1,350 metros; cuyas erupciones sembraron el pánico en 1851, y el día 3 de Mayo del año presente.

Esta isla se encuentra muy expuesta á huracanes y terremotos; la fertilizan 75 ríos, de los cuales, el más largo recorre unos 30 kilómetros; y sus producciones consisten en café, cacao, algodón, tabaco y azúcar.

El valor medio de la importación asciende á veinte millones de francos, y el de la exportación á 18 millones. Pertenece, como hemos dicho, á Francia y está bajo la autoridad de un Gobernador, con atribuciones militares; es obispado, desde el año 1850 y su capital es Fort-Royal ó Fort-du-France.

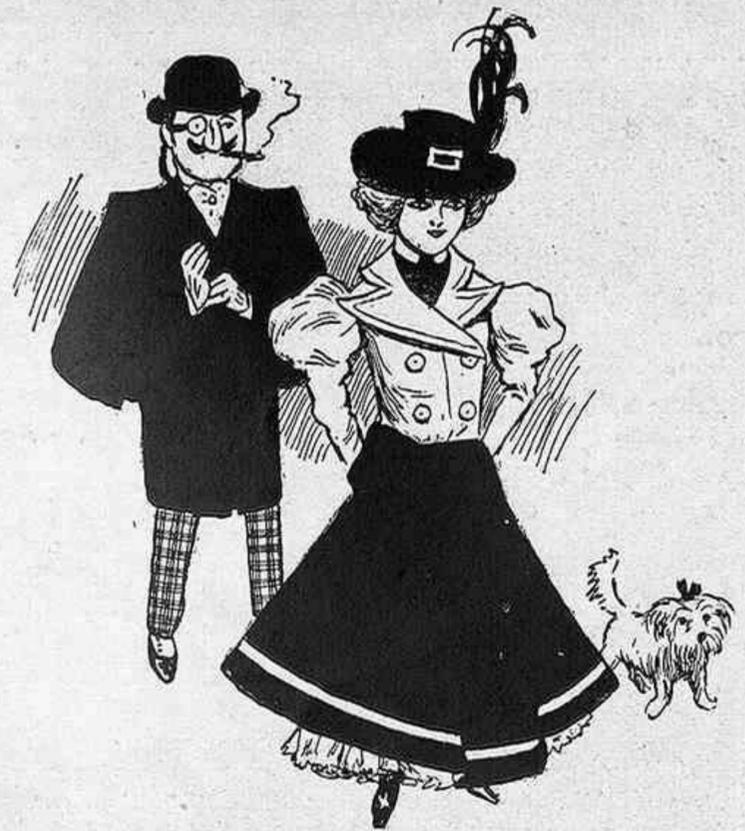
R. B. GIRÓN



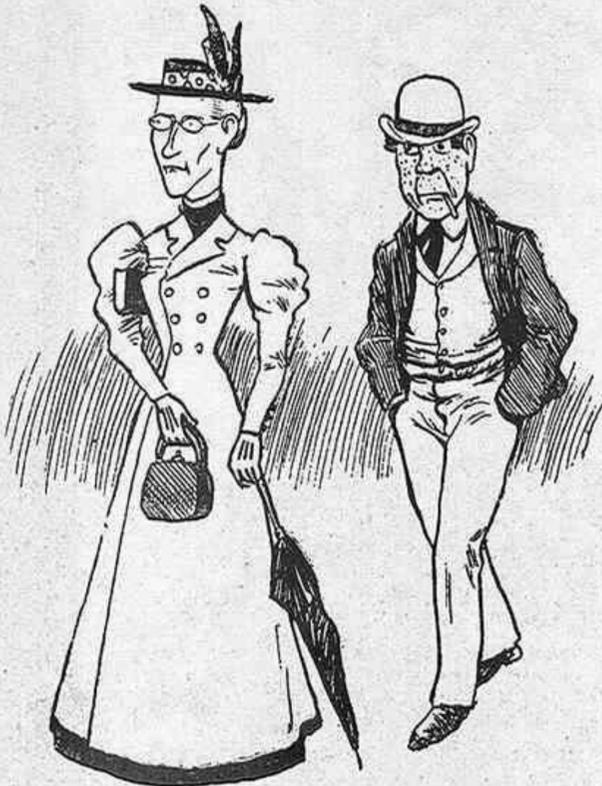
GEISERES DE ISLANDIA.



Para casarse con ella, y para tener tal suegra.



Para saber donde vive, ¡por curiosidad!



Pá ver si se da un encontronazo con el bolso, en cuanti que haiga ocasión.



Porque quiere saber á donde va su mujer... ¡Está tan escamado!



Para preguntarle por la procedencia del llo.



Porque no le ha visto la cara, que si se la ve...
Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»



**CASSA
NAZIONALE
AUTUA
COOPERATIVA
PER LE PENSIONI**

AUTORIZZATA CON DECRETO DEL TRIBUNALE
CIVILE DI TORINO - in data 2 Agosto 1893
SEDE CENTRALE - TORINO - via Pietro Micca 9

	QUALUNQUE PERSONA PUÒ AS-	SITUAZIONE AL 31 DICEMBRE 1900
	SOCIARSI E PERCEPIRE DOPO ZO	SOCI INSCRITTI 160102 + + +
	ANNI UNA PENSIONE + + +	QUOTE 211747 + + + + +
	TASSA D'INGRESSO L. 3. + +	CAPITALE SOCIALE ∞ ∞ ∞ ∞ ∞
QUOTA MENSILE L. 1.05. + +	∞ ∞ ∞ ∞ ∞ 7.267.668.56	